

más inteligente se es, más estúpido»? La fórmula no tiene que ver con una ingeniosa *boutade* sino con un aspecto central de la obra de Gombrowicz, ya que ella se encuentra sumergida en una especie de dialéctica atroz y de elementos contrapuestos. La forma, la inmadurez, el joven (o la joven) como atracción sin límite de la belleza, impregnada de tontería al mismo tiempo, el caos y el cosmos, constituyen distintas ventanas para ingresar a la contemplación del grotesco ser en que se convierte el hombre bajo esta óptica.

Heidegger decía que quien piensa en grande, se equivoca en grande. El riesgo que implica el pensamiento original no ha tenido nunca a Gombrowicz. Por el contrario, señaló entre los primeros las insuficiencias del marxismo, del psicoanálisis, del existencialismo y también de todo historicismo. Equiparar su declamado gusto por la forma con una anticipación del estructuralismo, es un desatino, pero este espíritu provocador percibía con exactitud la poca originalidad del pensamiento argentino y su dependencia de la estupidez europea.

En la cronología autobiográfica que preparara para *Cahiers de l'Herne*, muy poco antes de su muerte, hace constar para el año 1958: «Continúa viviendo alejado de los círculos literarios argentinos, donde las noticias de sus éxitos en Europa son recogidos con escepticismo». Sin embargo, el respeto y el reconocimiento que la academia y las instituciones le negaban, se lo brindaban con creces decenas de jóvenes que lo frecuentaban con el único interés de escuchar una voz auténticamente original. «¿Qué es lo importante en un joven? —se pregunta en su *Diario*—. Por cierto que no su sabiduría, experiencia, razón o técnica, siempre inferiores y más débiles en él que en un hombre ya formado, sino únicamente su juventud —esa es su carta de triunfo».

Traductores y seguidores

La manera en que se ha llevado a cabo la traducción de *Ferdydurke* merece un breve capítulo en la historia de la literatura occidental. Ni Gombrowicz sabía el español como para emprender una tarea de esa magnitud, ni los varios traductores que lo secundaron sabían una palabra de polaco. Este extraño grupo, hacia 1946, se había empeinado en devolver su legibilidad a una novela excéntrica y a punto de ser olvidada, salvo por unos pocos «ferdydurkistas». Para esta tarea estuvieron reunidos el cubano Virgilio Piñera; el eminente crítico Roger Pla; Adolfo de Obieta, hijo de Macedonio Fernández; Jorge Calvetti y algunos más que, con generosidad y

paciencia, suplían sus ignorancias lingüísticas. El autor explicaba lo que había querido poner en la novela, tomando como base la traducción (según Calvetti, un «cocoliche») que efectuara él mismo. El resultado fue admirable, dicho esto sin tomar en cuenta la versión original.

En los años sesenta, cuando Gombrowicz ya se había alejado del país, formaba parte del ritual de sus lectores manifestar las circunstancias que rodearon el comienzo de esta adhesión. En 1964 *Ferdydurke* reapareció en una segunda edición con un prólogo de Ernesto Sábato. Sería un exceso decir que la fascinación por esta extraña novela fue total. Escrita por un hombre joven y pensada para los jóvenes, es sin embargo demasiado compleja para que se la pueda disfrutar –vaya paradoja– sin la debida «madurez» literaria. Como él mismo lo ha señalado, «*Ferdydurke* es existencialista hasta la médula. Debo ayudar a mis críticos a precisar por qué *Ferdydurke* es existencialista: porque allí se da un hombre creado por hombres, porque el hecho de que los hombres se formen mutuamente revela la existencia y no la esencia. (...) En mi libro añadí a las “esferas” de la vida humana típicas del existencialismo (...) una esfera más, la de la «inmadurez».

Su *Diario argentino* se publicó por primera vez a mediados de 1968. Período de rebeliones y de convulsivas protestas, a un nivel planetario, que acompañaban adecuadamente el espíritu del libro. El sarcasmo, la risa, la burla están a cada paso. La mirada despiadada que Gombrowicz ha aplicado al examen del ser humano y de sí mismo, se extendía a la sociedad argentina. El desacuerdo era demasiado grande entre un autor que diagnosticaba tumores, llagas y excrescencias y una sociedad que casi nunca ha querido realizar un diagnóstico profundo de sí misma.

El espíritu burlón de su primera época continuaba intacto. «Argentina, junto con toda América, es joven porque muere joven. Pero su juventud es también, a pesar de todo, inefectiva. En las fiestas de aquí es posible ver cómo al sonido de la música mecánica un obrero de veinte años, que es en sí una melodía de Mozart, se aproxima a una muchacha que es un vaso de Benvenuto Cellini, pero de la aproximación de estas dos obras maestras no resulta nada...» Es difícil superar esta ironía sobre la belleza cabalgando en la estupidez.

Una anécdota reproducida por Gombrowicz define muy bien las relaciones de poder existentes entre una oligarquía ignorante y una base social que no tenía derecho a la cultura. En una reunión, un estanciero se acerca a un célebre escritor para espetarle: «Usted es un asno». Cuando fue interrogado acerca de cuál obra le había producido semejante rechazo, confesó no haber leído ninguna. Lo había agredido «por las dudas», para que «no fuera a creerse demasiado importante».

Gombrowicz, como él mismo lo reconoce, sólo podía encontrar aquí la solidaridad de los jóvenes. Poco antes de irse las simpatías se multiplican. Hay indicios de veneración. Se comenzaba a saber que había en él un gran escritor y que su vida había sido consecuencia de ese talento. En suma, se entendían de otro modo sus excentricidades. Lo cierto es que en esta remota Argentina, por azar o necesidad, él dejó lo principal de su vida. La mayor parte de su obra fue construida a lo largo de esos años, en un contexto que le reveló palpablemente que «la belleza es inferioridad». Pero la belleza, ligada estrechamente a la juventud, tiene la ambigüedad de todos los valores. Es necesario saber leer con desprejuicio los diálogos que Gombrowicz mantuvo con Dominique de Roux. La ironía, la mueca, el gesto sardónico, la descalificación rápida y sorprendente de los sistemas filosóficos y del saber, están ante nuestra vista, desplegados por alguien que ha vislumbrado la ambigüedad esencial del mundo.



Antiguo edificio de la Universidad de St. Tomás. San José de Costa Rica. Foto Aubert.